

La personalidad es lo más nuestro que tenemos, junto con el cuerpo. Son inseparables de cada uno, nos acompañan allá donde vamos. No es fácil dar una definición sintética, clara y certera de la personalidad, ya que es un concepto poliédrico y difuso. La personalidad es la suma total de las pautas actuales y potenciales de la conducta, determinadas por dos zonas contrapuestas: la herencia y el ambiente. Dicho en términos más descriptivos: la personalidad es la organización dinámica en donde confluyen aspectos físicos, psicológicos, sociales y culturales, de un individuo. Los psiquiatras nos dedicamos a la ingeniería de la conducta. Intentamos ahondar en la mecánica interna del comportamiento, para corregirlo, mejorarlo, hacerlo más equilibrado.

El término madurez se encuentra en todas las lenguas, lo que indica su carácter universal. En todas late un significado común: un cierto estado de plenitud, al que se llega tras un proceso de crecimiento paulatino, secuencial, sumativo. Pero hay grados de madurez. Esto es importante para entender todo lo que a continuación expondré. Por el contrario, la inmadurez implica una condición psicológica incipiente, infantil, incompleta, que no está bien terminada para alcanzar lo que serían los límites normales dentro de lo que es la salud psicológica. Es un hecho dinámico, no estático. Una persona inmadura es alguien a medio hacer, pero que puede cambiar y mejorar y hacerse más sólida y consistente.

Voy a trazar sus principales indicadores: aquellos signos o señales que nos ponen sobre la pista de que estamos ante esta entidad psicológica.

1) Desfase entre la edad cronológica y la edad mental: esta es una de las manifestaciones que más llama la atención de entrada, en una primera aproximación. El paso de los años nos posiciona psicológicamente. La instalación en la realidad temporal.

2) Desconocimiento de uno mismo: ésta era una de las normas del héroe griego. En el templo de Apolo, en Grecia, había en el frontispicio de la entrada una inscripción que decía así: «nosci se autom», concóctate a ti mismo. Este fallo psicológico implica no saber las propias aptitudes y limitaciones, lo que conduce a embarcarse en empresas imposibles, sin futuro, ni tampoco a arriesgarse cuando las circunstancias tienen visos posibles.

3) Inestabilidad emocional: que se expresa mediante cambios en el estado de ánimo, pasando de la euforia a la melancolía y esto de un día para otro o dentro de un mismo día. Esto hay que diferenciarlo claramente de las oscilaciones anímicas propias de las llamadas depresiones bipolares, clásicamente denominadas psicosis maniaco-depresivas, las cuales son de naturaleza endógena. El inmaduro es desigual, variable, irregular, sus sentimientos se mueven y bambolean de forma pendular, lo que hace que nunca pueda uno saber qué va a encontrar en el otro. Esa fragilidad mutable es una nota muy característica.

4) Poca o nula responsabilidad: como he indicado al principio, la inmadurez tiene niveles, lo mismo que sucede con cualquier hecho psicológico. Esta palabra procede del latín «respondere», que significa: contestar, prometer, satisfacer. Una persona es responsable cuando se esfuerza por cumplir las obligaciones contraídas, que previamente han sido dibujadas de forma realista. Platón decía

LA PERSONALIDAD INMADURA

Por Enrique ROJAS

que «cada uno es la causa de su propia elección». Y Cervantes, a través de D. Quijote, recuerda: «cada uno es hijo de sus obras».

5) Mala o nula percepción de la realidad: la captación incorrecta de sí mismo y del entorno que le rodea le lleva a tener una conducta desadaptada tanto intrapersonal (disarmonía consigo mismo) como interpersonal (inadecuado contacto con los demás, no sabiendo medir las distancias ni las cercanías; de ahí se derivan aspectos negativos: dependencia excesiva o patológica, decepciones sin una base sólida al confiar en personas con las que se tenía un trato escaso y superficial). En una palabra: si estar en la realidad quiere decir capacidad para ver las cosas como realmente son, aquí falla esa óptica, la cual cobija en un nexo de sentidos: lo personal, familiar, profesional, social, cultural y los objetivos y aspiraciones propias.

6) Ausencia de un proyecto de vida: la vida no se improvisa. Necesita una cierta organización, un esquema que diseñe el porvenir. Para mí los tres grandes argumentos de éste son: «amor, trabajo y cultura». En ninguno de ellos ha caído con profundidad. La vida sentimental no está bien estructurada y en consecuencia, flota sin asidero. En el lema profesional no han existido planes ni reto ni metas y, por tanto, se cubre mínimamente el expediente. La cultura está alimentada a base de televisión, tópicos y lugares comunes y si se trata del género femenino, tiene en las revistas del corazón su gran exponente. Su vida está sin hacer por falta de contenido.

7) Falta de madurez afectiva. Entender qué es, en qué consiste y cómo vertebrar nuestra vida el mundo de la afectividad es esencial. Por el amor tiene sentido la vida. Pero no hay amor sin renuncias. Y al mismo tiempo saber que nadie puede ser absoluto para otro. El amor eterno no existe: se da en las películas, en las canciones de moda y en las personas poco maduras. Lo que si existe es el amor trabajado día a día, a base de caldearlo con obras, haciendo la vida amable y grata a otra persona. Amar no significa tener dulces sentimientos, sino volcarse con el otro en las pequeñas cosas de cada día, volviendo a empezar siempre que sea necesario para tener pronto lo mejor de uno mismo, puesto al servicio del otro. Hoy en este campo se ha producido una cierta «socialización de la inmadurez afectiva». Me remito a los hechos de la realidad.

Hay que enseñar a la gente a que no se abandone. Por eso, la persona inmadura, al desatender estos aspectos se va convirtiendo en un ser caprichoso: persona sin sujeción a normas o principios, sin reglas de conducta, de motivación inestable, que sigue casi siempre sus antojos y deseos inmediatos, que deben ser satisfechos rápidamente, ante la impaciencia que esto provoca. Arbitrariedad en los sentimientos: estímulos nuevos que aparecen y desaparecen, giran, retornan y decaen. No hay orden ni constancia, que son dos pilares básicos del hombre. Veleta que gira según el viento que sopla. Un apunte: separar la sexualidad de la afectividad es un serio error, que puede producir graves desórdenes.

8) Falta de madurez intelectual. La inteligencia es otra de las grandes herramientas de la psicología, junto con la afectividad. Inteligencia es capacidad para captar la realidad en su complejidad, sabiendo distinguir lo accesorio de lo fundamental. Hay muchas variedades de inteligencia: teórica, práctica, social, analítica, sintética, discursiva, matemática, analógica, intuitiva y reflexiva... Pero para quedarnos con una idea clara: una persona es inteligente cuando sabe centrar un tema, haciendo razonamientos y juicios de la realidad adecuados, siendo capaz de elaborar un conjunto de soluciones asequibles y positivas que permiten resolver problemas concretos. Dicho en términos más modernos de la psicología cognitiva: inteligencia es saber recibir información, codificarla y ordenarla de forma correcta y ofrecer respuestas válidas, coherentes y eficaces.

Aquí las manifestaciones de la inmadurez se expresan de forma rica y variada. Falta de visión y de planificación del futuro. Hipertrofia del presente, una exaltación del instante. No hay crecimiento en los análisis personales y generales, con poca o nula justeza de juicio. Serías dificultades para racionalizar los hechos y aplicar un cierto espíritu cartesiano. La vida es como un viaje, por eso es importante saber a dónde uno quiere ir.

9) Poca educación de la voluntad. La voluntad es una joya que adorna la personalidad del hombre maduro. Cuando es frágil y no está templada en una lucha perseverante, convierte a ese sujeto en alguien débil, blando, voluble, caprichoso, incapaz de ponerse objetivos concretos, ya que todos se desvanecen ante el primer estímulo que llega de fuera y le hace abandonar la tarea que iba a tener entre manos. Es la imagen del niño mimado que tanta pena produce: traído y llevado y tiranizado por lo que le apetece, por lo que le pide el cuerpo en ese momento. Que no sabe decir que no, ni renunciar. Alguien echado a perder, consentido, malcriado, estropeado para cualquier exigencia seria, que no doblará el cabo de sus propias posibilidades. Un ser que ha aprendido a no vencerse, sino a seguir sus impulsos inmediatos. Por ese derrotero se ha ido convirtiendo en voluble, inconstante, ligero, superficial, frívolo, que se entusiasma fácilmente con algo, para abandonarlo cuando las cosas se tornan mínimamente difíciles.

Esto trae consigo otros datos: baja tolerancia a las frustraciones; ser mal perdedor, ya que tiene poca capacidad para remontar las adversidades, pues no está acostumbrado a vencerse en casi nada; tendencia a refugiarse en un mundo fatástico, para alejarse de la realidad.

10) Criterios morales y éticos inestables. La moral es el arte de vivir como ser humano, educando la libertad, para conocer y poner en práctica lo que es bueno. Dicho de otro modo: la moral es el arte de usar de forma correcta la libertad. Aquí, en el inmaduro, todo está cogido por afilieres: la moda, la permisividad y el relativismo son las pautas vertebrales básicas. Sigue los vaivenes de lo último a lo que se apunta todo el mundo, sin ningún espíritu crítico.

Este decálogo puede invertirse y dar lugar a una persona equilibrada, adulta, que sabe lo que quiere y a dónde va.



Enrique Rojas
Catedrático